

El Brillante Deslustre

por **Ricardo J. Bermúdez**

Como una hoja desprendida del frondoso árbol **de la** leyenda que el otoño deja caer a nuestro paso, he tropezado en estos días con la deliciosa fábula de la disputa que sostuvieron San Silvestre y un judío anónimo en presencia del emperador Constantino. Parece que en medio del fragor, de los argumentos el judío murmuró el nombre de su dios en la oreja de un toro y éste al instante cayó muerto al suelo. San Silvestre, empero, invocó el nombre de Jesucristo y el cornúpeta se levantó sobre sus patas y con mugido de trueno testimonió la superioridad de la verdadera religión.

Han pasado los siglos y desde entonces el toro del cuento fue muerto y revivido muchas veces en la taumaturgia fulminante de los contendores, en la dialéctica despiadada con que cada quien pretende enaltecer la veracidad de sus creencias. La bestia no siempre ha perecido bajo el influjo de la palabra ni vuelto a correr por los campos llevando en sus orejas el eco de una voz vivificadora. Durante esos años el estilo ha cambiado y variaciones de la espada y el fuego han substituido con aparente éxito la técnica argumentativa que otrora santificara a los hombres.

Un toro mutilado no es sino un eco de toro, así como una verdad aprobada por insistencia de la fuerza bruta es sólo a medias recibida. Desde el momento que se aceptó que lo importante era revivirlos en la liza en la forma que fuera, el mundo se pobló de toros fenomenales: con dos cabezas, con seis patas, con tres rabos. Todos los debates que han terminado a sangre y hierro, con el terror cerrando los ojos del vencido, añadían otras tantas desfiguraciones al simbólico animal que estimuló a Constan-

tino para arribar al cenit de sus más íntimas y sagradas certidumbres.

La gótica leyenda que sirvió a Silvestre del Gozzolini para reafirmar el don milagroso, nos pinta una bestia rediviva con sus cualidades toriles intactas. La verdadera magia consiste no en variar la esencia de las cosas, sino en convencernos de que si ella cambiara eso sería a fin de comprobarnos su indomable inalterabilidad. La paradoja es más persuasiva cuando el objeto sometido a prueba es capaz de recorrer toda la gama de la vida a la muerte y regresar anunciándose con el bello resoplido que provoca la sangre ardiente sobre la carne.

En los días que corren el toro de la fábula ni muere ni revive en el espectáculo circense del acto sensorial. Ahora se comercia con métodos más sutiles para probar las verdades que mueven los soldados hacia uno u otro extremo de los adalides contendores. El milagro comprobatorio se produce dentro del cerebro, en el laberinto sutil de la conciencia, donde el hombre como una concha guarda su perla hasta cuando el cuchillo del buzo logra trasladarla a la corona del rey vencedor. La técnica nos ha enseñado a preservar en compartimentos congelados la carne viva de los toros muertos.

El brillante deslustre de una humanidad enceguecida por las visiones y voces que emplean los directores de la persuasión mecanizada, haría perder la fe al mismísimo San Silvestre. Una luz opaca y un sonido irreconocible invaden nuestros ojos y oídos, dejándonos inmóviles en medio de la plaza donde empiezan los innumerables caminos que conducen al cabal conocimiento de las cosas. Hay un olor en el aire a carne podrida de toro invisible y hace tiempo aguardamos el milagro de una voz que rescite la imagen de la vida cuando corre con auténtica libertad bajo el cielo de nuestras posibilidades.

El agua que pasaba bajo los puentes góticos no es la misma que transcurre hoy entre los arcos de acero y cemento. Nuestra actitud es igual, no obstante, porque aun perseguimos no mojarnos los pies en el mejor de los casos, ni dejar que la corriente nos arrastre hacia algún oscuro mar de donde no podamos volver. Como en los días desaparecidos, nos acomodamos a las formas ya cons-

truidas o a aquéllas que fabricamos mientras juegan la luz y la sombra sobre los rostros espectadores. Hemos cambiado nada más que en función de la herramienta utilizada para esculpir las torres que antes hacíamos con pausada lentitud.

¿Estamos más próximos, en el mismo sitio, o todavía a una distancia mayor del punto de verdad que tienen las cosas cuando logramos saborear su naturaleza? Todas las velocidades que nos estremecen de espanto, si con la imaginación seguimos el sendero de algún cohete lunar, inmóviles nos dejan cuando de avanzar se trata en la pulida atmósfera que circunda el corazón del hombre. Aquí la larga. espera continúa irredimible y sólo sentimos como descienden los helados jirones de una noche polar que las propias manos cultiva con vesánica fruición.

¿Cuáles son esos muros tan extraordinarios que impiden el libre curso de nuestro conocimiento, el delicioso fluir de la vida dentro de la consciencia desvelada y torturante? De nuevo estamos ante los implacables contendores dispuestos a deslumbrar en un ardid tauomático; pero ahora nuestro juicio está acordado con antelación y las fuerzas que persuaden atontan y embrutecen a la vez. Delante de la pantalla ante la cual permanecemos impasibles, por la ponzoña que deja en nosotros el hábito de mirar en una sola dirección, aparecen las señales que debemos seguir, las reglas de obediencia para apreciar un mundo embrujado y pervertido, hecho a imagen de la ciega deidad dominadora.

Embelezar al emperador Constantino significaba subyugar los más caudalosos torrentes del pensamiento humano: a un golpe de cetro los colores del arco iris se arrebaban de conformidad con sus áulicas pretensiones. La escena del toro sujeto al magnetismo de dos encantamientos poderosos se desarrolló en el salón eje audiencias del palacio real y un único espectador fue necesario para que la noticia se propagara por todos los rincones de la tierra. Entonces el prestigio del monarca era simbólico y se ejercitaba a través de una ráfaga de veneración ceremonial. El terror como instrumento desnudo para persuadir multitudes civiles era todavía el sueño maléfico de un brujo precoz, fuera de gracia, de ritmo y de oportunidad.

Después los hombres autodescubrimos lo individual y el derecho a apetecer como soberanos los recónditos placeres que produce el ejercicio del propio discernimiento.

Los pregones del rey fueron sometidos al proceso de filtración que ejecuta la persona antes de decantar las consignas que norman hoy la conducta del rebaño social. La palabra omnipotente del emperador, escuchada al nivel de un espíritu adormilado, cedió el cupo al rugido del mangados que desciende a las cavernas del alma y priva del sueño y la alegría a quien descifra sin tino su código de señales contundentes.

El legendario toro ni muere ni revive en el fragor imaginativo de una época donde los brillantes espejos deslustran cada vez más la visión del hombre ante su consciencia pensativa. De uno y otro bando, los vendedores de fórmulas se limitan a envenenar las fuentes y luego permitir que fluya el agua con generosa libertad. ¡Cuán insensatas resultan las apelaciones de quienes descubren el amargo sabor de la pócima, porque el mayor crimen consiste en no tener el gusto a tono con la bebida que ofrecen los días! Desde la ventana vemos correr nuestra parte del manantial y nos estremece saberlo salpicado de ceniza de libros y de imágenes encapuchadas con teas encendidas en las manos. El río pasa y su andar es tan lento y triste que me parece no podrá alguna vez limpiar siquiera el polvo radioactivo atrapado en los pétalos de una rosa blanca.